cualquier grado, orden y condición que sean) no presuman de llegar a las dichas islas o tierras firmes, con título de comprar mercaderías, ni por otra cualquier causa, sin licencia especial de los susodichos Reyes Católicos o de sus herederos y succesores.

CAPÍTULO IV. *De cómo en los reyes de España se cumple, en estos tiempos, aquello de el evangélico siervo que fue enviado a llamar los convidados para la cena*

RESUPUESTA LA PARÁBOLA QUE Cristo nuestro redemptor propuso (según el Evangelio de San Lucas)[1] de aquel hombre (conviene a saber, este mismo Cristo) que aparejó la gran cena de la bienaventuranza, cuando en el árbol de la cruz puso todas las expensas y convidó a muchos, porque llamó a todos los que se quisiesen salvar, aunque primero y particularmente al pueblo hebreo. Y a la hora de la cena, que es en el fin del mundo, envió a su siervo a llamar los convidados para que entrasen a la cena y ellos se excusaron, cada uno con su ocupación; de manera que fue menester enviar segunda vez a las plazas y calles para que trajese todos los pobres, flacos, ciegos y cojos que hallase, y los metiese en el lugar de la cena. Y porque aún cabía más gente, lo envió la tercera vez a los caminos y setos para que los que por allí hallase, los compeliese a entrar hasta que se hinchare la casa. Sabemos bien (si lo queremos considerar) que esta negociación y trato de buscar y llamar y procurar almas para el cielo, es de tanta importancia que nuestro poderosísimo Dios, con ser quien es y con tener todas las cosas en su beneplácito, cerca de todo lo criado, no se ocupa en otra cosa (hablando en nuestro modo de decir) de casi siete mil años a esta parte que crió al primer hombre, si no es en llamar, por sí, con inspiraciones, avisos y castigos, y por medio de sus siervos los patriarcas y profetas y por su proprio hijo en persona, y después por los apóstoles, mártires y predicadores y otros santos hombres, a la gente de el mundo para que se apresten y dispongan para entrar a gozar de aquel convite perdurable que no tendrá fin. La cual vocación no ha cesado ni cesará hasta que esté cumplido el número de los escogidos que (según la visión de San Juan)[2] ha de ser de todas las naciones, lenguas y pueblos.

Y aunque por el siervo de la parábola, que es enviado a llamar los convidados y a convidar otros de nuevo, se entiendan en alguna manera de más propriedad los mismos predicadores que anuncian la palabra de Dios y publican el santo evangelio; pero por respeto de la autoridad y oficio, y por razón de ser uno y no muchos, podríamos decir que más propriamente se entiende del vicario de Cristo, pontífice romano, pastor de la universal Iglesia, o quien tuviese sus veces para enviar los tales predicadores como ahora vemos que las tienen nuestros reyes de Castilla, por la bula

[1] Luc. 14.
[2] Apoc. 7.

citada y poder cometido por divina ordenación, para estas Indias Occidentales donde tienen la persona y oficio de aquel siervo evangélico. Y así está a su cargo enviar los ministros que conviene para su conversión y manutenencia de los naturales de esta tierra; por que de otra manera, ¿cómo predicarán los predicadores, conforme a lo que dice San Pablo,[3] si no son enviados? Y ¿cómo aprovecharán sus voces y trabajos, si no son favorecidos y amparados de el Papa, de quien emana su misión y de el rey, que en su nombre los envía? Porque ser enviados de el rey, lo mismo es que si fuesen enviados de el Papa; como sea verdad que lo que el pontífice hace por medio de el rey,[4] es como si por sí mismo lo hiciese.

Tenemos pues, de aquí, que la parábola propuesta en el santo evangelio, de el siervo enviado a llamar gente para la cena de el Señor, se verifica en el rey de España, que a la hora de la cena, conviene a saber, en estos últimos tiempos, muy cercanos a la fin de el mundo, se le ha dado especialmente el cargo de hacer este llamamiento de todas gentes, según parece en los judíos, moros y gentiles que por su industria y cuidado han venido y vienen en conocimiento de nuestra santa fe católica y a la obediencia de la Santa Iglesia Romana, desde el tiempo de los Reyes Católicos que (como dicen) fue ayer, hasta el día de hoy, y va el negocio adelante. Y es mucho de notar que las tres maneras de vocación expresadas en el evangelio, o tres salidas que hizo el siervo para llamar a la cena, concuerdan mucho con la diferencia de las tres naciones ya dichas, en cuyas sectas se incluyen todas las demás que hay esparcidas por el mundo.

Donde somos advertidos que no de una misma manera se han de haber los ministros en el llamamiento de los unos que de los otros, sino de diversos modos, conforme a la diferencia de los términos que el salvador usa en cada una de las vocaciones. Porque para con los judíos, que son gente enseñada en la Escritura Sagrada y que no pecarán sino de pura malicia, basta que el predicador proponga la verdad de la palabra de Dios; y éste es suficiente llamamiento para esta nación. Y por tanto dice el texto de el evangelio que a los primeros convidados fue enviado el siervo, no para más de que les dijese cómo estaba aparejado, conviene a saber, el Mesías venido y las profecías cumplidas; por tanto que viniesen a la cena. Mas para con los moros, que podrían pecar de alguna ignorancia (aunque crasa) de la verdad de la ley de gracia, por estar sus entendimientos pervertidos con los ciegos errores de su falso profeta Mahoma, era menester que sus predicadores y ministros no solamente les propusiesen la palabra de la verdad cristiana, mas también los metiesen en el camino de la guarda de ella, comprobando su predicación, con el ejemplo de la buena vida y buenas obras y mostrándoles el puro celo que les movía de la salvación de sus almas, sin temporal interese; y confirmándose el amor y caridad que pregona la ley de Cristo, con los favores de su rey y señores temporales, y con el buen tratamiento y hermandad de los otros cristianos viejos (que toda esta ayuda era menester para traer y poner en razón a gente tan persuadida

[3] Rom. 10.
[4] De regul. iur. in 6. c. quifacit.

de su sensual y atractiva secta), y por tanto se dice en la parábola que a los segundos que fueron llamados mandó Dios a su siervo que los metiese dentro, como de la mano, y con todo faltaron muchos de los dichos moriscos; pero no se quejarán el día del juicio que les faltó doctrina y ejemplo.

Empero para con estos indios gentiles, que demás de la ignorancia de el camino de la verdad, están ocasionados y dispuestos para caer, así en las cosas de la fe como en la guarda de los mandamientos de Dios, de pura flaqueza por ser la gente más débil que se ha visto, no bastará la simple predicación de el evangelio, ni la comprobación de la doctrina por el buen ejemplo de los ministros, ni el buen tratamiento de parte de los españoles, si juntamente con el amor de sus padres espirituales y el celo que en ellos vieren de su salvación, no tuvieren también entendido que los han de temer y tener respecto, como hijos a sus padres, y como los niños que se enseñan en la escuela a sus maestros. Porque pensar que por otra vía han de ser encaminados en las cosas de la fe cristiana y hacerse en ellos el fruto que se debe pretender, es excusado. Y por tanto, de éstos dijo Dios a su siervo: Compélelos a que entren, no violentados, ni de los cabellos, con aspereza y malos tratamientos, como algunos lo hacen, que es escandalizarlos y perderlos de el todo, sino guiándolos con autoridad y poder de padres que tienen facultad para ir a la mano a sus hijos, en lo malo y dañoso; y para apremiarlos a lo bueno y provechoso, mayormente a lo que son obligados y les conviene para su salvación.

CAPÍTULO V. *De cuán peligroso sea el descuido que en este cargo se tuviere en llamar gentes a la cena de el Señor*

EL SIERVO, QUE ENTENDIÓ LA VOLUNTAD de su Señor, y fue descuidado en cumplirla, será castigado con muchos azotes, dice Cristo nuestro redemptor, por San Lucas, apercibiendo y avisando con estas palabras al príncipe temporal, y al ministro eclesiástico, y al hombre cristiano, a quien fue encomendado regir alguna familia o tener cargo de algunas ánimas. Y si a todos los que tienen ánimas a su cargo debe poner espanto esta terrible amenaza, ¿cuánto más es justo que tema y ande la barba sobre el hombro quien tantos millones de ánimas ha tomado y tiene a su cargo para dar cuenta de ellas, no sólo cuanto al gobierno, temporal, mas también cuanto a el espiritual? Y no ánimas como quiera, sino ánimas tan tiernas y blandas como la cera blanca, para imprimir en ellas el sello de cualquiera doctrina católica o errónea, y cualesquier costumbres, buenas o malas, que les enseñaren; y gente sin defensa, ni resistencia alguna, para ampararse de cuantas opresiones y vejaciones, que hombres atrevidos y malos cristianos les quisieren hacer, no teniendo más de la defensa y amparo que su rey, desde tan lejos les proveyere; y, por el consiguiente, gente que necesita a tener vigilantísimo y continuo cuidado, y memoria de mirar por ellos el príncipe y señor que los tiene a su cuidado.